

La violencia asimétrica israelí

No hay proporción entre la agresividad sufrida por los palestinos y la padecida por la ciudadanía de Israel

CARLOS NADAL

LA VANGUARDIA, 27.01.08

Equiparar el sufrimiento, los daños padecidos por el pueblo palestino con los de la ciudadanía de Israel ha sido siempre improcedente. Mucho más invertir los términos de víctima y victimario. Divide a las dos partes un conflicto envenenado. Pero el reparto de responsabilidades por igual sobrepasa los excesos de la toma de partido. Hay un mal de origen que no lo permite. Israel es un Estado democrático, legítimo, puesto que nació, pronto hará sesenta años, por una resolución de las Naciones Unidas. Pero ni estas válidas credenciales ni las de su eficiencia probada como sociedad a la altura de la modernidad creativa en una amplia variedad de campos culturales y científico-técnicos autorizan a concederle un visto bueno respecto a la manera como ha abordado y aborda la cuestión hiriente de sus vecinos palestinos. Hacerlo no ayuda, antes agrava toda aportación a un posible arreglo del más antiguo de los conflictos de nuestro tiempo.

Atribuir la responsabilidad que corresponda a cada parte es imprescindible. Aunque obliga a penetrar en un laberinto casuístico, ligado a una espesa trama de intereses o a posiciones ideológicas, a veces con el paso cambiado. Lo cual da lugar en algunos casos al establecimiento de una simetría que no existe. O de una asimetría inapropiada en el conflicto entre Israel y los palestinos desde la ocupación en 1967 de Cisjordania, Gaza y la mitad de Jerusalén. Desde aquella fecha no ha habido igualdad, no ha habido justicia. Y si en dos levantamientos contra la ocupación militar israelí - las intifadas de 1987 y del 2000- los palestinos abrieron el terrible y creciente suceder de la rebelión y la represalia, no es de recibo cargarles encima con el fardo de la culpabilidad. A pesar de sus muchos errores y despropósitos. Y así se hace patente en estos días

con el ominoso bloqueo israelí de la franja de Gaza, que sume a 1.500.000 palestinos en grave postración.

La ocupación militar es, por sí misma, violencia. La colonización amparada en ella, más. Y la violencia llama a la violencia. De ahí el nacimiento del terrorismo palestino. El reconocimiento de la Autoridad Nacional Palestina (ANP) bajo la presidencia de Arafat y el proceso intrincado de negociaciones palestino-israelíes desde los acuerdos de Oslo de 1993 toparon tozudamente con un escollo: Israel pudo llegar en el 2000 hasta propuestas bastantes ajustadas para la paz. Pero siempre, siempre con la convicción de que se hacían concesiones (¿sobre qué derechos?); de que los palestinos habían de aceptar condiciones. Es decir: nunca el cumplimiento entero de las resoluciones de la ONU, la retirada total e incondicional de los territorios ocupados. Premisa que ha provocado dos tipos de tendencias palestinas: la de aceptar la paz a cambio de ceder derechos a Israel o resistirse tenazmente a hacerlo. Durante demasiados años esta dicotomía ha provocado, por una parte, el aumento de la agresividad palestino-israelí; por otra, la desintegración interna y al fin la hostilidad abierta de radicales y pragmáticos entre los palestinos, actualmente hecha clamorosa realidad en la división entre la Gaza en manos de Hamas y la Cisjordania gobernada por el presidente Mahmud Abas, de Al Fatah.

Ariel Sharon extremó hasta el paroxismo los métodos para degradar los territorios ocupados - y devaluar a la ANP- sin detenerse en la utilización inhumana de la fuerza. Y, a la vez, provocó así la huida hacia delante de las organizaciones radicales. El terrorismo palestino en ciudades israelíes encrespó de forma exacerbada esta apuesta, ocasión para que Israel presentara como legítimas todas las prácticas de asesinatos indiscriminados o selectivos y de ahogo de la población palestina.

Fue así posible acreditar el victimismo israelí y la represión en Palestina como legítima defensa. El terrorismo islamista internacional (Al Qaeda, etcétera) facilitó identificar con este la criminalidad terrorista sufrida por Israel, con la consiguiente obtención de la justa condena de las instancias internacionales. Sin embargo, tampoco cabía hablar de reciprocidad. Porque la acción devastadora

del ejército israelí en Palestina, la cantidad de muertos y heridos ocasionados nunca fueron ni de lejos proporcionados al número de víctimas de los atentados de los shahids (mártires) palestinos en Israel.

No hubo paralelismo. Y menos lo hay ahora, cuando ya el terrorismo palestino no actúa en Israel, aunque implacablemente se disparan desde Gaza cohetes y morteros contra localidades fronterizas israelíes. La cantidad de muertos y heridos por estos ataques en varios años no llega a veinte. En cambio los tanques, helicópteros y misiles israelíes en Gaza, en respuesta a estas agresiones, sólo en el pasado día 19 ocasionaron 36 muertos, entre ellos diez civiles. Y diecinueve el domingo 20.

Con todo, hay más. El despiadado bloqueo a que es sometida Gaza mediante cortes de suministros de agua, electricidad, medios sanitarios y suministros de petróleo, gas y alimentos coloca al millón y medio de habitantes de la franja al borde de una catástrofe civil. El desbordamiento del cerco que se ha producido en Rafah en esta semana ha sido posible gracias a una hábil actuación de Hamas para que se haga visible ante el mundo la desesperación de un pueblo puesto a prueba hasta límites insostenibles que sale en busca de bienes elementales de supervivencia. Acto pacífico, pero que en algún momento puede adquirir naturaleza de incontenible envite para Israel y agravar la problemática coexistencia actual de dos entidades territoriales y políticas palestinas opuestas. Un peligroso efecto más de la asimetría de la violencia en el conflicto palestino-israelí.